



XIV

EL Asia inmóvil es un desierto que ha devorado las ruinas de las antiguas ciudades, cuyas huellas no se conocen ya en la tierra, fecundada por su trabajo y ennoblecida por sus gigantes monumentos; los pueblos mahometanos, dueños un día del mundo que temblaba azorado bajo sus conquistadoras cimitarras, yacen hoy inmóviles, podridos hasta los huesos, con los ojos puestos en un libro que ha trazado infranqueable límite á su vida, límite contra el cual esa vida se estrella; las naciones más caballerescas de Europa, las más aristocráticas, las que nos defendieron como Polonia y Hungría, las que levantaron y ennoblecieron el comercio y el trabajo como Venecia,

han muerto, no son naciones, porque no acertaron á renovar con savia democrática sus viejas aristocracias; y España, el Job de los pueblos; España, que estuvo á punto de podrirse en el estercolero del absolutismo, ha podido incorporarse y andar, porque en vez de permanecer en el polvo adorando las viejas instituciones que la habían perdido, sacudió sus cadenas, trazó el código inmortal de sus libertades, volvió el rostro á su siglo para recibir en su faz el soplo regenerador de las grandes ideas, y sin temer las tempestades que se desencadenaron sobre su frente, se lanzó á lo porvenir con el mismo arrojo con que se lanzara en otro tiempo al ignorado Atlántico en pos de un nuevo mundo, y de este gran arrojo nació nuestra salvación; que los pueblos que no se renuevan se condenan irremisiblemente á la esclavitud, y por la esclavitud, á la muerte.

(De *La Civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo IV, páginas 172 y 173. 1858-62.)



XV.

NO de los sentimientos más profundos y más vivos del corazón humano, es el amor á la patria. Al suelo en que nacimos, ligamos involuntariamente nuestros amores, nuestros ensueños, nuestras esperanzas, toda nuestra vida. Aunque por nuestro espíritu, por nuestras ideas, seamos más libres que el aire, y nos dilatemos en el seno de lo infinito, por nuestros sentimientos, por nuestros recuerdos, nos unimos á la patria como el árbol agarra fuertemente sus raíces á la tierra en que ha brotado. Síntesis el hombre de la naturaleza y del espíritu, que en su ser se penetran y se armonizan: si por su inteligencia, por su razón, pertenece al mundo de las ideas, donde reina lo incondi-